

BERIAIN, Josetxo: La lucha de los dioses en la modernidad. Del monoteísmo religioso al politeísmo funcional, Anthropos Editorial, Universidad Pública de Navarra y Universidad Central de Venezuela, Barcelona 2000.

Prof. Hugo Antonio Pérez Hernáiz*

La teoría social se ha construido sobre la base del estudio de lo religioso. Aquellos a quienes hoy llamamos "clásicos" de la disciplina, Max Weber y Emile Durkheim, podrían reconocerse como pruebas textuales de esta afirmación. Y es notable que a estos dos autores se los haya clasificado como "pensadores" de la modernidad dominada por la Razón desacralizada. Sobre todo a Weber, máximo exponente en la sociología del "desencantamiento" nietzscheano del cambio de siglo. Para él, como bien señala Beriain, "A través de un específico proceso de racionalización que se da en occidente (...), el nuevo fundamento de validez o baremo crítico que estructura la nueva imagen moderna del mundo es la Razón (o las diversas voces de la Razón) y su portador primario, el sujeto, frente a fundamentos de validez metasocial -Dios, la naturaleza, etc.- que legitimaban la plausibilidad de la imagen premoderna del mundo." (p. 10) Proceso de desencantamiento que conecta al pensamiento unitario desacralizador de la Razón moderna con el variado, y aún más desencantado, pensamiento del nuevo (a pesar sus años) tiempo postmoderno.

Pero entonces, si hablamos de un mundo desencantado, de una estructura simbólica (si es que todavía se puede hablar en tales términos) signada por la cacofonía de interpretaciones alternativas, donde "la religión institucionalizada ya no es *el* sistema sino *un* sistema entre otros; de hecho, al surgir interpretaciones alternativas sobre el sentido de la vida, la religión se convierte en una cuestión de preferencia relativa" (p. 15), ¿vale la pena entonces acercarse a la comprensión de esa estructura simbólica a través de una metáfora religiosa? Tal es el osado, pero clásico en la sociología, intento de este extraordinario libro. Así lo expresa el

* Profesor de Teoría Social en la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Católica Andrés Bello y en la Escuela de Sociología de la Universidad Central de Venezuela.

autor en su introducción: "la lucha de los dioses" es una metáfora para acercarnos a la estructura simbólica de las sociedades modernas que han pasado del monoteísmo religioso al politeísmo cultural" (p.9).

Berlain nos advierte, sin embargo, que es evidente que la religión no es el centro de la sociedad, pero tampoco lo es la economía, ni la política, mucho menos la ciencia o la técnica. Una metáfora tomada de uno de estos reinos nos debe servir entonces tanto como cualquiera, tomada de cualquier otro, para acercarnos a esa estructura simbólica. Pero en esto está la clave, la *contingencia*, y en ella el sentimiento de inseguridad del hombre. "Contingencia" define Berlain, "es aquello que no es ni necesario ni imposible, aquello que puede ser como es, pero que también puede ser de otro modo" (p.25). Esto es, incertidumbre e indeterminación, absorbidas por los hombres mediante fórmulas reductoras de esa contingencia. En las civilizaciones preaxiales (cosmogónicas) y axiales (salvíficas) estas fórmulas tienen un carácter marcadamente religioso. Fórmulas que reducen el mal apocalíptico y aseguran el orden cosmogónico (en las preaxiales), o fórmulas proféticas que permiten la salvación (en las axiales). El paso entre unas y otras es importante, como ya lo ha señalado Weber basándose en Jasper, porque representa el final del destino inexorable del ciclo cosmogónico y la emergencia de la "construcción social de la idea de salvación y la profecía así como la idea de una 'satanización del poder del mal'"(p.27). El destino es, a partir de la emergencia de las religiones salvíficas, socialmente construible y los mecanismos de reducción de contingencia externos devienen en internos, con lo cual, a través del surgimiento de ascetismo cristiano protestante, y de su consecuencia no esperada, el capitalismo, llega Occidente a su época postaxial.

Pero en una modernidad postaxial, desencantada, que ha roto el monopolio cosmovisional de la religión, la contingencia deviene en simple azar y la fortuna en riesgo. Todo es probable en una ampliación incontrolable, e insoportable para el hombre, de la contingencia: "A medida que la sociedad deviene más compleja, más posibilidades devienen visibles, es decir, lo que ocurre, sólo tiene sentido en el horizonte contingente de otras posibilidades" (p.58). Por lo tanto, ante este "futuro abierto e indeterminado", aparece el riesgo como respuesta técnico-instrumental ante la indeterminación de la contingencia, la cual tiende hacia el infinito del progreso sin los límites impuestos por la religión.

También se replantea la preocupación sociológica clásica por el orden, pero partiendo de la premisa de la *improbabilidad* del orden social: "Las sociedades modernas postradicionales no tienen una preferencia definida por el orden en oposición al desorden, sino que existe la alternativa entre el orden y el desorden." (p.86) Esta alternativa no se resuelve, porque en la misma medida en que se expanden las opciones, también se expanden los riesgos a los que, como moderna expresión de la contingencia que son, no es posible oponerles una fórmula reductora total (Dios). Así que cada quién se defiende como mejor puede: "los riesgos de individuos atomizados para los que la vida es una lotería, donde los riesgos están fuera de control y la seguridad es una cuestión de suerte; para los burócratas los riesgos son aceptables en la medida en que las instituciones dispongan de rutinas para controlarlos; el ermitaño acepta aquellos riesgos que no implican coerción de otras personas; para el empresario los riesgos ofrecen oportunidades y serían aceptados en el intercambio por beneficios; para el igualitarista los riesgos serían evitables a menos que sean inevitables para proteger el bien público." (p.98), pero Beriain podría continuar hasta el infinito porque el panteón del politeísmo cultural sólo conoce los límites del progreso, que no tiene límites.

Las alternativas son todas desencantadas, pero no podemos servir a dos dioses al mismo tiempo: tenemos que escoger entre muchos dioses devenidos en poderes impersonales, pero que se comportan igual que los dioses antiguos, exigiéndonos lealtades y sacrificios. "El politeísmo moderno", señala Beriain, "significa 'varios' no 'cualquiera'" (p.135). En nuestra elección no nos ayuda la ciencia, como bien había señalado Weber siguiendo a Tolstoi, pues ésta es incapaz de responder a la pregunta por el "sentido". La antigua jerarquía axiológica ha sido desencantada dejando sólo una heterarquía de valores que, además, luchan unos con otros. Como dijo Weber en una de sus conferencias poco antes de morir: "Los dioses antiguos, demitificados y convertidos en poderes impersonales, salen de sus tumbas, quieren dominar nuestras vidas y recomienzan entre ellos la eterna lucha". El derecho, la ciencia, la tecnología, la nación, la clase social, etc., sustituyen a Yahvéh, Brahman y a todos los otros, como "*realidades trascendentes intermedias ubicadas dentro del ámbito de lo profano*" (p.124).

Entonces, ¿en qué queda el orden? Beriain dedica todo la tercera y última parte del libro al problema de la "Identidad Colectiva e

Integración en las sociedades Modernas”, y es muy significativo que el epígrafe para esta parte sea tomado de *Las Formas Elementales de la Vida Religiosa* de Durkheim: “[...], pues una sociedad no está constituida tan sólo por la masa de individuos que la componen, por el territorio que ocupan, por las cosas que utilizan, sino, ante todo, por la idea que tiene sobre sí misma.” (p. 157). Pues Beriain hace un notable recorrido por esta “idea de sí misma”, desde las ataduras primordiales (etnia, raza, lenguaje, territorio), hasta la construcción de las identidades de las sociedades modernas, selectivas de sus propias tradiciones y signadas por el azar convertido en destino. El resultado es la diferencia moderna entre cultura y política que permite al ciudadano del estado nacional ser a la vez miembro de una comunidad política y de una comunidad cultural. El equilibrio entre ambas resulta siempre difícil y el ejemplo más cercano a Beriain, y con el cual termina el libro es, por supuesto, el de los vascos.

Todo el último capítulo es dedicado al tema de la imposibilidad democrática de una política que considera al “pueblo nación” portador indiscutible de la soberanía nacional. Tal Dios subyuga la pluralidad de actores que inevitablemente forman la sociedad moderna, y la democracia, concluye Beriain “es aquella condición de posibilidad que permite el reconocimiento de tal politeísmo cultural. Entre éste y aquella existe una afinidad, mientras que todo régimen autoritario, del signo que sea, presupone un unitarismo uniformizador.” (p. 234).

Como se ve, este es un libro denso que plantea innumerables problemas a la teoría social actual. De seguro, no es la intención del autor resolverlos, sino quizás reivindicar la posibilidad de hacer preguntas sobre “lo social” desde la teoría sociológica clásica. El intento resulta en un libro complejo pero fascinante.